

Inflación, escasez e inseguridad

# Balance social 2014: un país exhausto, un modelo ineficiente

Tito Lacruz\*



EMANUELE SORGE

El modelo rentista petrolero está agotado y ha afectado profundamente el modelo social. Los precios del crudo siguen en caída y las familias venezolanas se encuentran en un panorama sombrío, con menos dinero y más deudas, viviendo en una cotidianidad violenta marcada por la escasez e incertidumbre

Existen dos evidencias de la profunda crisis económica que nos espera para el año 2015: el precio del petróleo y la imprevista gira del Presidente a inicios de este año 2015. En enero de 2014 el precio del barril era de 95 US\$, y para enero de 2015 el precio está en 39 US\$, siendo que el precio de referencia para el presupuesto del año 2015 era de 60 US\$ el barril, con el tradicional supuesto de que este precio estaría largamente superado. Para algunos economistas esta caída del precio del crudo implicará un déficit de 31 millardos de US\$ para las cuentas del Gobierno, si aún se mantiene el precio del petróleo en los 45 US\$, y algunas voces de la economía mundial opinan que el precio del petróleo puede bajar aún más. Ello explica el viaje presidencial durante los primeros días de enero con dos fines: lograr que los países petroleros frenaran la caída del precio del barril y, segundo, conseguir financiamiento. Al parecer,

más allá de los buenos deseos, no se logró ninguna de las dos cosas. La caída del precio del petróleo no es un acto deliberado por parte de algunos gobiernos, aun cuando muchos países salen ganando con ello. Y el financiamiento no es algo que se logra de la noche a la mañana. A este panorama debemos agregar más de 100 millones de US\$ de deuda externa, y las reservas internacionales más bajas desde noviembre de 2003: 19 mil millones de US\$. Si fuéramos una familia tendríamos un problema grave por la combinación de la pérdida de ingresos, nuestro endeudamiento y nuestros pocos ahorros. Atribuir este cuadro desastroso nada más a la caída de los precios del petróleo sería ingenuo, siendo además que muchos analistas anunciaban que tarde o temprano esto iba a pasar. El problema no es el precio del petróleo, sino el modelo de desarrollo.

A este cuadro, para el balance del año 2014, se suman otros elementos. Uno de ellos, nuestra tradicional cifra de inflación con el honor dudoso de ser de las más altas del mundo, que supera el 60 %. Desde el año 2002 hemos estado, todos los años –excepto el año 2005–, entre los diez países del mundo con mayor inflación. Sin embargo, todo venezolano sabe que el problema no es solamente los precios de los bienes, sino la ausencia de los bienes.

De acuerdo a algunos cálculos, el índice de escasez de los bienes de la canasta alimentaria familiar a lo largo del año 2014 estuvo en 28 %. Más allá de las cifras y los índices, el tema de las colas y del desabastecimiento marcó drásticamente el cierre del año 2014 y el inicio de 2015. La ausencia de bienes no solamente afecta a los alimentos, sino prácticamente a todos los productos: desde medicinas, hasta repuestos para maquinarias, pasando por los bienes para el hogar. Muchas de estas cosas son importadas y la restricción de acceso a las divisas necesarias ha limitado su disponibilidad. Por otro lado, el desmantelamiento del parque industrial venezolano muestra desde hace tiempo sus efectos en la poca variedad de productos en los anaqueles venezolanos. Y las amenazas continuas de expropiación alejan a los pocos empresarios dispuestos a invertir en Venezuela.

Sin embargo, el problema de Venezuela no es solamente un problema económico. El problema económico no es sino la expresión de la profunda crisis de la sociedad venezolana y de su modelo rentista petrolero que viene fallando desde la década de los años ochenta y cuyos efectos han tenido eco en el modelo político y social de nuestro país. El actual modelo que se ha venido implementando desde finales de los años noventa no ha hecho sino reforzar nuestro *talón de Aquiles*: la dependencia petrolera. Luego de tres décadas donde la crisis económica ha sido un vecino habitual de nuestra cotidianidad, y cono-

mos bien la causa, no hemos avanzado en tener una base de desarrollo económica más autónoma que nos permita entrar en otras tareas para el crecimiento de nuestra sociedad. Peor aún, hoy dependemos más del petróleo y de las exportaciones que en la época de la cuarta república.

Se ha hecho del petróleo un mito, nuestro bien soberano, nuestra única riqueza malamente saqueada por los intereses extranjeros. Es por ello que este petróleo *nuestro* debe ser defendido a toda costa. El resultado de esta retórica es que, en vez de independizarnos del petróleo, lo cual sería de verdad nuestra segunda independencia, nos aferramos más a él justo cuando todas las voces del mundo dicen que vienen tiempos más modestos para los precios del crudo. En caso de que este aferramiento al petróleo nos hubiera permitido ahorrar para el tiempo de las vacas flacas, quizá se pudiera justificar; pero, como hemos mencionado al inicio, somos una familia con menos dinero, más deudas y menos ahorro. El extremo agotamiento del modelo petrolero, agudizado por el actual modelo económico, es un problema que supera a la actual gestión gubernamental. De hecho, todo el problema la supera.

Una parte preocupante del cuadro es el agotamiento del modelo económico cuyas consecuencias la viven cada uno de los venezolanos frente a la restricción de bienes y el aumento de los precios. La otra parte preocupante es el modelo social.

En materia de salud, el tema del desabastecimiento es largamente preocupante. Algunos especialistas señalan que el desabastecimiento de medicinas llega al 70 % y las historias de las penurias de los enfermos, crónicos o no, son conocidas por todos. La salud privada, que era vista como un espacio privilegiado, ha sufrido también el embate de la crisis económica. El deterioro de la salud pública se refleja en que de las 45 mil camas disponibles, solo 24 mil están operativas. Las ocho mil camas del sector privado no sirven para paliar esta brecha. Varias unidades y servicios médicos han tenido que cerrar sus puertas por falta de insumos o de medicinas, y ni hablar de los problemas de inseguridad en las salas de emergencia.

Las epidemias recurrentes de malaria, dengue, y ahora la chinkungunya, demuestran la poca capacidad del sistema de salud en materia preventiva y de respuesta. La negación del sector público a reconocer algunos problemas de salud y su empeño en desconocer la colaboración con la medicina privada, lo cual no contradice su labor de regulación, no ha hecho sino profundizar la precariedad de la salud de los venezolanos.

En materia de vivienda el escenario es ya conocido: de la meta establecida para el 2014 de 400 mil viviendas, solamente se han registrado unas 106 mil viviendas construidas. Aquí el problema no es solamente la construcción de vi-



SAÚL SOLÓRZANO

viendas, sino la dotación de servicios a las ya construidas. Las limitaciones en los servicios de agua, luz, aseo y seguridad han marcado el desarrollo de la Misión Vivienda. Buena parte del problema viene por la falta de planificación y de visión en esta materia.

Y en materia de educación, a pesar de las cifras que señalan el aumento de la matrícula, los fuertes problemas de calidad de la educación venezolana no pueden ser tapados con un dedo. El modelo social, fundado en la omnipresencia del Estado que finalmente restringe los derechos sociales del venezolano por sus propias limitaciones funcionales, nunca ha logrado deslindarse del rentismo petrolero y siempre se ha entendido como una forma de redistribución de este ingreso y no como un derecho a la protección social.

Otro dato alarma en este balance del año: la cifra de homicidios. Las organizaciones que trabajan este tema colocan la tasa de homicidios en 82 por cada 100 mil habitantes; el Gobierno insiste en que este año se ha disminuido un poco en relación al año pasado. Sea como sea, seguimos siendo uno de los países más violentos de la región y del mundo. La violencia es síntoma de un proceso de desinstitucionalización y de erosión de la convivencia ciudadana que vivimos todos los venezolanos. Junto a la inflación y al desabastecimiento, es el tema de todos los días. La falta de respuesta pública, o las respuestas muy tímidas que se han dado señalan, al igual que con los otros problemas, la poca voluntad y capacidad para abordar de manera fron-

tal la situación. Los focos que más influyen para agravar la violencia han sido ampliamente analizados: la impunidad, la debilidad de los cuerpos policiales, el desarme de la población, la lucha contra el tráfico de drogas, el sistema penitenciario y judicial, entre otros. No obstante, los intereses, o desintereses, en algunos de estos temas impiden que se avance en su solución.

A medida que las crisis se superponen, los modelos se van quebrando. Empezamos por el modelo económico en 1983, seguido por la crisis social expresada en el *Caracazo*, luego la crisis política mostrada por los intentos de golpes de Estado del año 92. La llegada del gobierno revolucionario prometía muchas cosas, pero a la luz de los quince años que han pasado no solamente no se han superado estas crisis, sino que se han profundizado. Somos menos autónomos en materia económica, el sistema político se ha cerrado cada vez más y ha dividido a la población, los sistemas de protección social, que ya eran precarios, se han desmoronado. Y la convivencia cotidiana ha sido finalmente socavada por la violencia, la escasez y la incertidumbre. No tenemos solamente un país en crisis, sino un país exhausto de ella.

\* Sociólogo (MSc), profesor y director de la Escuela de Ciencias Sociales de la UCAB.